

RAFAEL HERNÁNDEZ (1948). Maestro en Ciencias Políticas. Dirige el Departamento de América del Norte en el CEA.

La política de los Estados Unidos hacia Cuba y la cuestión de la migración

El asedio norteamericano ha procurado históricamente manipular la migración como un arma contra Cuba; una vez más esa hostilidad ha puesto en crisis los pasos iniciados para disminuir las tensiones

La cuestión de la migración ha sido una permanente variable en el proceso de formación de la política norteamericana hacia Cuba.

Por una parte, la migración ha sido una de las resultantes históricas de la aplicación, por parte de los Estados Unidos, de diferentes medios de política contra Cuba, a saber:

- el bloqueo;
- las acciones político-diplomáticas;
- los despliegues de fuerza militar, inteligencia, subversión, terrorismo;
- la guerra ideológica.

La combinación específica de estos medios —entre los que se destaca una política inmigratoria especialmente diseñada— ha condicionado la composición y configuración de la migración en cada una de sus etapas, así como las formas de integración socioeconómica y política al sistema norteamericano.

Por otra parte, la existencia misma de la comunidad cubana ha sido un ingrediente insoslayable en las relaciones, tanto desde el ángulo de la política exterior norteamericana, como de la cubana. Así, las acciones de la comunidad cubana no pueden considerarse estrictamente independientes al resultar en última instancia parte subordinada del sistema norteamericano. Sin embargo, su carácter heterogéneo, sus vínculos históricos y familiares con la sociedad cubana, y el impacto que sobre ella ejerce el flujo migratorio desde Cuba, la hacen un conjunto contradictorio, incluso respecto a la sociedad global norteamericana. En ciertas situaciones, estas contradicciones han emergido, manifestándose en determinados grados de independencia e iniciativa, aunque en virtud del engarce tradicional entre el *establishment* y el enclave cubano, algunas de estas iniciativas se han visto condicionadas por los intereses hegemónicos del sistema.

En los últimos años se ha reforzado esta articulación funcional de la comunidad cubana con el sistema, privilegiando a una oligarquía financiera y política que pretende representarla orgánicamente, y que en realidad no es otra cosa que un peón en la red de intereses de la ultraderecha en Estados Unidos.

LAS RELACIONES ESTADOS UNIDOS-CUBA Y EL CICLO MIGRATORIO

El fenómeno de la emigración cubana debe analizarse en su íntima vinculación histórica con el proceso concreto de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba a lo largo de este cuarto de siglo.

En un estudio pionero que abrió el camino para una comprensión integral de la comunidad cubana, Lourdes Casal establecía una periodización de estas relaciones considerando como variable de control la cuestión migratoria.¹ En nuestra opinión, ya se han cumplido cinco etapas nítidamente diferenciadas en el proceso de la política norteamericana hacia Cuba —en su dimensión migratoria—, y estamos viviendo una sexta.² Como se aprecia en el cuadro, las acciones hostiles del gobierno de los Estados Unidos hacia Cuba se han dirigido históricamente a crear una presión migratoria crítica, que se libera como una especie de válvula de escape, produciendo cada vez un nuevo ciclo migratorio. El efecto de estas oleadas migratorias es uno de los fenómenos más característicos de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, y forma parte de los escenarios que recurren entre ambos, a partir de los intentos norteamericanos por operar los mecanismos migratorios a su favor y colocar a la Revolución Cubana en una situación crítica.

La política migratoria hacia Cuba, según sus derroteros históricos, se dirige en definitiva a explotar la migración como un instrumento de propaganda y agresión, dentro de una estrategia de escalada general. Ahora bien, en qué medida, con todas sus características peculiares, esta política responde a una tendencia general al nivel de su política exterior, particularmente hacia los países subdesarrollados y hacia los países socialistas, es una cuestión que vale la pena examinar.

¹ Lourdes Casal et al.: *The Cuban Minority In the U.S. Preliminary Report on Need Identification & Program Evaluation*, Boca Raton, Fla., 1974.

² Cfr. Rafael Hernández: *Política Inmigratoria de EE.UU. y la Revolución Cubana*, Avances de Investigación no. 2, CEA. 1980.

ETAPAS EN LA POLÍTICA NORTEAMERICANA HACIA CUBA, SEGÚN EL MECANISMO MIGRATORIO

Administración	Medios de política	Monto migratorio	Etapas migratorias
Eisenhower (R)- Kennedy (D) (ene, 1959-oct. 1962)	Campañas, amenazas, Presiones económicas y bloqueos, hostilidad diplomática, acciones militares	200 000	Desde la acogida a los criminales de guerra hasta la interrupción de los vuelos por la crisis de octubre
Kennedy (D)-Johnson (D) (nov.1962-oct. 1965)	Aislamiento diplomático, consolidación del bloqueo, acciones subversivas, terrorismo	30 000	Desde la crisis de octubre hasta Camarioca y los acuerdos del puente aéreo
Johnson (D)-Nixon (R) (nov.1965-1973)	Bloqueo, terrorismo (se empieza a quebrar el aislamiento regional)	240 000	Duración del puente aéreo
Nixon (R)-Ford (R) (1973-marzo 1977)	Terrorismo, bloqueo(hay presiones para levantarlo. Se debilita la actividad subversiva y retrocede el aislamiento regional)	17 000	Desde el fin del puente aéreo al levantamiento de las prohibiciones para viajar a Cuba
Carter (D) (marzo 1977-sept. 1980)	Diálogo, reducción del bloqueo y de hostilidad diplomática (1977-78). Presiones diplomáticas, amenazas, campañas.	162 000	Desde el levantamiento de las prohibiciones hasta el Mariel (abril- septiembre de 1980)
Carter (D)-Reagan (R) (sept. 1980)	Campañas, reforzamiento del bloqueo, amenazas militares, presiones diplomáticas regionales	45 700	Desde el Mariel (septiembre de 1980)

Las políticas migratorias de los Estados Unidos están íntimamente relacionadas con los problemas del mercado laboral a nivel regional y mundial, que no se pueden entender si no es en el marco de la división internacional capitalista del trabajo. Pero no es menos cierto que el peso creciente de las implicaciones políticas incide directamente en la configuración del núcleo de estas políticas inmigratorias. Así, sin abandonar su función respecto a las necesidades económicas del desarrollo del capitalismo en los Estados Unidos, la legislación migratoria responde también a las tendencias políticas predominantes, que se reflejan especialmente en la llamada política de refugiados.

De acuerdo con una definición tradicional de la legislación inmigratoria norteamericana, un refugiado es una persona que huye de “cualquier país controlado por los comunistas, por persecución o temor a ser perseguido y que

no quiere regresar a su país debido a esa persecución o el miedo a ella; también puede ser alguien que sufra esto por motivos raciales, religiosos, laborales o cualquier otro; o que se haya visto afectado por catástrofes naturales o militares”.³ Supuestamente, la ley de 1980 era más justa en su definición de refugiado, acogiendo aquella acuñada por las Naciones Unidas en el sentido de la persona “que no puede regresar a su país sin temor a la persecución”. Pero tanto en la antigua letra, como en la interpretación de la actual ley, se privilegia sin embargo al anticomunismo. La simple inspección de las cuotas de refugiados correspondientes al período de 1982 resulta elocuente. Así, del Sudeste Asiático (Vietnam, Kampuchea) provenían el 70%; de Europa Socialista (Polonia, URSS) el 17%; del Medio Oriente (Irán, Afganistán) el 9%; de África (Etiopía) el 3,3%; y de América Latina y el Caribe el 2%. Países donde existe persecución política como Corea del Sur, los territorios palestinos ocupados por Israel. Sudáfrica, y las dictaduras de América Latina. Incluidas las centroamericanas, no recibían ninguna atención especial. Fuera de este margen exiguo para el otrora privilegiado hemisferio occidental sólo estaban ciertos “centroamericanos” —entiéndanse, los nicaragüenses exiliados en Honduras y, naturalmente, los cubanos. La política inmigratoria de los Estados Unidos no ha hecho esta misma excepción con los refugiados políticos reales, víctimas de persecución, represión y holocausto en Chile, en el período de las Juntas Militares en Argentina, en El Salvador, en Haití y otros países cuyos gobiernos no calificarían de respetuosos de los derechos humanos ni ante el tribunal de la Cosa Nostra.

La orientación de esta legislación era la descentralización de la ubicación de los refugiados, asignando una parte mayoritaria de su presupuesto a otros países y dedicándole sólo menos de un 40% a la relocalización en los Estados Unidos. Sin embargo, para el caso de los cubanos, por excepción, no se daba esta variante. (Cuba ha mantenido para los Estados Unidos el dudoso privilegio de estar entre los países subdesarrollados —ante los cuales tienen una determinada política inmigratoria— pero también entre los países socialistas —hacia los cuales tienen otra bastante diferente.

Ya en la ley de 1965 se les brindaba a los cubanos la categoría de parolees (personas aprobadas por el Fiscal General para entrar en condiciones especiales a los Estados Unidos), asignándoseles un margen extra respecto a la cuota que les debería estar asignada en términos equitativos en el marco global del hemisferio occidental. Estos parolees, que tenían algunas limitaciones temporales respecto a su estatuto legal definitivo como residentes, quedaban abarcados (junto con los que habrían calificado de inmigrante o de no

³ Ibid. pp. 21.22.

inmigrante, según la clasificación migratoria legal) por la categoría *omnicomprendiva y privilegiada de refugiado*.

Así, los cubanos estaban fuera de las restricciones impuestas por la ley de 1965 que establecía por primera vez una cuota al hemisferio occidental. Esta excepción se consagró definitivamente en la ley 89-732 dictada por Johnson en noviembre de 1966 y conocida como Ley de los refugiados cubanos. Pero además, su “excepcionalidad” les daba facilidades para adquirir residencia permanente en los Estados Unidos. De manera que, en su momento, más de 125 000 cubanos pudieron estar en condiciones de convertirse en residentes permanentes por haber permanecido en los Estados Unidos durante dos años. Esta situación parece repetirse hoy con los actuales “marielitos” casi textualmente.⁴

Como se advierte, en términos de política inmigratoria, Cuba no califica como país latinoamericano, ni siquiera como país del hemisferio occidental, sino en el grupo en que están Vietnam, Kampuchea y en general los países socialistas. A diferencia de los dominicanos, haitianos y mexicanos que ingresan a los Estados Unidos, los cubanos que han llegado a ese país en estricta violación de la legislación norteamericana no son considerados indocumentados; y por consiguiente no resultan objeto de las restricciones establecidas por el reciente proyecto de ley Simpson-Mazzoli,⁵ que sí afecta a otros grupos inmigrantes como los mexicanos y centroamericanos, que buscan oportunidades económicas que les permitan sobrevivir. Así como el proyecto Simpson-Mazzoli constituye un instrumento de la política exterior de los Estados Unidos hacia los países latinoamericanos más afectados, como es particularmente México, la política inmigratoria que se sigue hacia Cuba, con otro signo, también es un instrumento de la política exterior norteamericana,

⁴ De hecho, al flujo Inmigratorio del 80 se le categorizó en su momento como entrants, en un status según el cual no se podría trabajar, ni ser beneficiado por la seguridad social, ni mucho menos, por supuesto, ser encarcelado por delitos cometidos en otro país, ya que legalmente no estaban admitidos en ninguna de las categorías aceptadas.

A principios de 1984, la administración Reagan planteó que aquella ley de Ajuste de los Cubanos (Cuban Adjustment Act) de 1966 se aplicaría a los 125 000 del Mariel. De manera que esto les permitiría adquirir la residencia permanente y en un breve plazo poder aspirar a la ciudadanía norteamericana. El Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) confirmó esta proposición de la administración, el 19 de octubre de 1984. Esto se hizo al margen de la ley de Inmigración de 1980, que estableciera una serie de restricciones por las cuales no calificarían las de origen cubano.

⁵ El proyecto de Ley Simpson-Mazzoli restringe la legalización de Indocumentados, considerando sólo aquellos que puedan probar su presencia en Estados Unidos antes del 1 de enero de 1980 —o sea, antes del Mariel— y refuerza la penalización de aquellos norteamericanos que transporten o contraten inmigrantes ilegales en lo adelante.

en la medida en que se propone afectar interna y externamente a la Revolución Cubana por medio de la manipulación de una migración que, aun cuando tiene su condicionamiento económico específico —el consumo—, es presentada tradicionalmente como un fenómeno político. Desde hace veinticinco años se ha manipulado a esta inmigración para exhibirla como evidencia de la falla del sistema socialista en Cuba, con el objetivo político definido de fabricar un escenario no sólo de falta de libertad en general, sino de “stalinización”, “satelización” y otras deformaciones que persiguen presentar a Cuba como un íncubo del “comunismo internacional”, capaz de cualquier fechoría en su propia casa y, desde luego, en la ajena.

Ahora bien, una consecuencia lógica del privilegio a los “refugiados políticos cubanos” radica en que la categoría de “querer escapar del comunismo” abarca perfectamente a personas con antecedentes penales, ya que estas cumplen el requisito esencial que supuestamente demanda la legislación, tal como ha sido aplicada por las sucesivas administraciones norteamericanas hasta hoy. De hecho, en las primeras oleadas que llegaron de Cuba en el 59 iban los criminales de guerra que encontraron, en efecto, un refugio en los Estados Unidos. Consecuentemente, los terroristas y expresos contrarrevolucionarios, en muchos casos involucrados directamente en acciones criminales, también han sido recibidos históricamente en ese país. No es sino en este último grupo correspondiente a 1980 en que se ha establecido una división taxativa, que hace un grupo aparte de aquellos refugiados que estaban en Cuba cumpliendo prisión por delitos menores.⁶ Es evidente que la presencia de esta gente en los Estados Unidos, junto con una apreciable cantidad que detenta antecedentes penales, es el resultado natural de la aplicación consecuente de esa política de “refugiados” que desde Kennedy hasta Reagan ha estado vigente como instrumento básico de la hostilización contra Cuba. La carencia a lo largo de casi veintisiete años de un acuerdo estable que regule el flujo migratorio entre Estados Unidos y Cuba, sólo se explica por el predominio de una política de fuerza que ha revocado los avances de 1965, 1978 y 1984 bajo el peso de esa hostilidad.

EL BLOQUEO

Cuba era hasta hace poco el único país de este hemisferio que sufría de manera formal el bloqueo económico de los Estados Unidos. En ese sentido ha compartido la situación de la República Democrática de Corea, Vietnam y

⁶ Salieron efectivamente gente que tenía responsabilidades menores pero no de otra categoría., (Entrevista a Fidel realizada por periodistas de The Washington Post. Granma, La Habana. 11 de febrero. 1985. p, 2.)

Kampuchea, países todos envueltos directamente en las guerras que los Estados Unidos han librado en Asia en las últimas décadas. Aunque al bloqueo se le designó eufemísticamente en Estados Unidos como el embargo, para restarle connotación bélica, en verdad se trata de una medida de guerra, como lo confirma su reciente aplicación a Nicaragua, en cuyas fronteras Estados Unidos libra lo que se ha dado en llamar una “guerra de bajo perfil”. Las sanciones económicas contra Cuba se desplegaron desde enero de 1960, con la amenaza primero, y la supresión efectiva después (julio 1960), de la cuota azucarera cubana en el mercado norteamericano. La administración Eisenhower inició el embargo parcial contra Cuba el 19 de octubre de 1960, en la secuela de las acciones tomadas en represalia por la nacionalización de los bancos y las compañías petroleras norteamericanas en ese mismo año. La administración Kennedy consagró el bloqueo económico total el 7 de febrero de 1962, con posterioridad a numerosas acciones, entre ellas la ruptura de relaciones diplomáticas, el ataque militar directo por Playa Girón, y a raíz del aislamiento formal de Cuba a nivel regional, dado a través de la expulsión de Cuba de la OEA.

El enorme costo —calculado por algunos en uno \$10 000 millones⁷— que el bloqueo ha ocasionado al desarrollo socioeconómico en Cuba, ha tenido un impacto importante en la promoción de la migración hacia los Estados Unidos. Así, al ser liberada la válvula de presión inmigratoria durante el período Johnson-Nixon, Se produjo el mayor flujo migratorio hacia los Estados Unidos en una sola etapa (1965-1973). Este incluía no sólo a personas hostiles ideológicamente a la Revolución, sino en gran medida a individuos y familiares con un bajo nivel de conciencia nacional, que buscaban salir de la situación de restricciones y austeridad económica que sufrió nuestro país durante este período, atraídos por la posibilidad de elevar su estándar de consumo en las condiciones favorables que recibía la inmigración cubana en los Estados Unidos.

Independientemente de constituir una poderosa arma para estimular la migración de Cuba a los Estados Unidos, el bloqueo arroja un balance que podríamos sumarizar así:

- Aunque desde fines del propio año 62 se procuró reforzar el bloqueo (varios países aliados de los Estados Unidos fueron inducidos a cortar los créditos a Cuba; se prohibió comerciar con barcos que comerciaran con Cuba; y se embargaron aquellos productos hechos con materiales

⁷ Cfr. Banco. Nacional de Cuba: Informe económico, agosto de 1982, pp. 12-13. Se trata de un estimado preliminar de 1981, sin tomar en cuenta los elementos financieros, y que se eleva a 9 081 millones de dólares.

cubanos), de todas maneras este nunca pudo ser perfecto. A la larga, esta política no ha logrado ser eficaz en la medida en que no ha obtenido que todos los países capitalistas se inhibieran de establecer relaciones económicas con Cuba.

- Desde el ángulo de la política norteamericana, lejos de contrarrestar el comunismo en Cuba, esta medida sirvió de hecho para acelerar los vínculos comerciales y económicos de nuestro país con la comunidad socialista, en la medida en que sectores del mercado occidental le fueron vedados.
- Cada vez que Cuba ha tenido que elegir entre liberarse del bloqueo o mantener su política exterior, esto no ha servido al gobierno de Estados Unidos como instrumento eficaz para disuadir al gobierno cubano de la política emprendida; es decir, que el principio de la zanahoria no ha surtido el efecto deseado.
- El bloqueo ha servido para deteriorar la imagen del desarrollo económico cubano y devaluar su modelo alternativo, enfatizando sobremanera los errores que han existido en la conducción de la política económica. Se persigue así proyectar una imagen ideológica dirigida a disuadir a los países del Tercer Mundo, y en particular de América Latina, en tomar una vía como la de Cuba para obtener su independencia económica. La contradicción que salta a la vista en la lógica de la propaganda norteamericana es la siguiente: si Cuba de hecho es un modelo tan ineficiente, ¿por qué no permitir que demuestre su ineficiencia plenamente y no eliminar la afectación que notoriamente le causa el bloqueo?

A pesar de que el bloqueo es una política fracasada en sus objetivos primarios, sus abogados lo han defendido sobre el principio de castigar a Cuba, imponiendo este criterio a los propios intereses económicos norteamericanos, que, naturalmente, no son capaces de desafiar a la “seguridad nacional”, con tal de comerciar con un país que obviamente no representa para las corporaciones lo que significa, por ejemplo, el mercado de los mil millones de chinos consumidores potenciales de Coca-Cola.

Sin embargo, el que Cuba no reciba el trato de otros países del Tercer Mundo o incluso de otros países socialistas por parte del capital norteamericano no se deriva de la falta de interés de este capital, sino de la existencia de tal esquema en el trato político hacia nuestro país. Así cuando en el período de Carter se permitió cierto intercambio entre corporaciones norteamericanas y Cuba, más de 200 de estas empresas visitaron nuestro país -algunas tan importantes como AMAX, BOEING, Mc Donnell-Douglas, First National Bank of Chicago, General Electric, Caterpillar, y otras.

Por otra parte, el reverso del bloqueo —o sea, el restablecimiento de relaciones económicas— se ve por algunos no como la manera de reanudar relaciones normales ni de procurar resolver los problemas bilaterales, sino en definitiva como un poderoso mecanismo de cooptación del proceso cubano. Sería interesante evaluar hasta dónde los intereses norteamericanos con Cuba estarían en disposición de apostarse para “atraerla del lado norteamericano”; particularmente en un contexto como el actual, en que la llamada Iniciativa para la Cuenca del Caribe representa el máximo grado de Alianza para el Progreso al que parecen capaces de llegar los Estados Unidos en los 80. (La tesis de la cooptación económica es una prenda más de la carencia de realismo acerca de la Revolución Cubana que caracteriza a los círculos de poder influyentes en la formación de la política hacia Cuba. La otra senda del bloqueo tiene que ver con los impedimentos puestos a los ciudadanos norteamericanos en viajar a Cuba. Esta restricción data desde enero de 1961, en que el gobierno norteamericano estableció un control especial sobre los viajes, y que con posterioridad se amplió a una prohibición total de visitar nuestro país. En el período de Carter, esta interdicción se levantó, pero nuevamente en 1982 el Departamento del Tesoro restringió las visitas solo a periodistas, reunión de familiares, diplomáticos y viajes con fines profesionales, invocando la Ley del Comercio con el enemigo de 1917. En la práctica, esta disposición es contraria al espíritu de la enmienda establecida en 1978 a la Ley del Pasaporte norteamericano, según la cual se limitaban las determinaciones del Ejecutivo para vetar la visita a un país. El objetivo de esta medida consiste en impedir el supuesto ingreso de dólares provenientes del turismo norteamericano con Cuba; pero de hecho, por la forma en que se ha aplicado, se ha convertido en un mecanismo para intimidar a los que viajan hacia Cuba. Como se ve, la línea de la “seguridad nacional” se ha impuesto, como lo confirma el actual reforzamiento de un bloqueo que a lo largo de 23 años se ha mostrado ineficaz, tanto para doblegar a Cuba, como para servir los intereses de los Estados Unidos.

LA COMUNIDAD CUBANA: SISTEMA POLÍTICO Y SEGURIDAD NACIONAL

Los Estados Unidos protegieron en su territorio desde los primeros meses de la Revolución a la conspiración contrarrevolucionaria que hizo de Miami su cuartel general con todas las libertades garantizadas por el *laissez faire* de la política norteamericana y bajo su orientación y apoyo sistemático a nivel material y moral.

Esta amenaza, junto con la negativa norteamericana a que la Revolución Cubana adquiriera sus medios de defensa y el boicot dirigido a impedir el suministro de armas a Cuba, fue un impulso que, desde 1959, la obligó a buscarlos en otras latitudes, particularmente en países que se las brindaron, como la URSS y otros.

A partir de 1960 y 1961, a través de la OEA y de algunos países satélites como República Dominicana, Guatemala y otros, los Estados Unidos iniciaron y finalmente (1964) lograron producir el aislamiento diplomático de Cuba en el hemisferio, con la sola excepción de México. El objetivo era consolidar un cordón sanitario que anillara a Cuba, por representar “una amenaza de subversión comunista” ante la cual los Estados Unidos y sus aliados debían prepararse militarmente.

Al cabo de más de veinte años de esa política de aislamiento diplomático en la región, los países latinoamericanos que aún no han reanudado relaciones con Cuba son hoy una minoría decreciente (por ejemplo Brasil; otros que las han roto por razones de política interna, como Jamaica; o que las reanudarían sólo en caso de producirse cambios políticos significativos como El Salvador, Guatemala, Chile). La mayor parte del hemisferio, incluido Canadá, tiene relaciones diplomáticas con Cuba. Sin embargo, la política aislacionista de los Estados Unidos ha permanecido inalterable. Basta comparar los enfoques del secretario de Defensa Mc Namara, en 1962, y del asesor de Seguridad Nacional Robert Mc Farlan, en 1984, para encontrar que son idénticos en cuanto a responsabilizar a Cuba por lo que, en la percepción norteamericana, es la “desestabilización de la seguridad hemisférica”.⁸

Dicho en el lenguaje de un Vicesecretario Asistente de Defensa para Asuntos Interamericanos: “las perspectivas de una Cuenca del Caribe comunista en los próximos años son mayores de lo que el actual tamaño y disposición de las fuerzas hostiles en la región habría parecido a los Estados Unidos hace veinte años”.⁹

Según esta lógica, lo que está en juego es la misma seguridad física de los Estados Unidos. Los elementos esenciales de esta supuesta “amenaza” son varios; a saber:

- Las oportunidades crecientes para la proyección del “poder militar soviético”, incluyendo la introducción de armas dirigidas contra los Estados Unidos.

⁸ Robert Mc Farlan, asesor en cuestiones de Seguridad Nacional. Programa “Meet the Press”, NBC, 13 de mayo, 1984.

⁹ Néstor D. Sánchez: “The Communist Threat”. En Foreign Policy no. 52, Fall, 1983, p. 49.

- El peligro de un México desestabilizado hostil que plantearía problemas sociales, económicos y militares de magnitud imponderable (y podríamos agregar, estrechamente relacionados con los actuales problemas migratorios y de suministro petrolero de México a los Estados Unidos).
- La “obstrucción de pasos marítimos esenciales” a través de los cuales se realizan las importaciones de petróleo diarias y otros suministros a los países de la OTAN “para época de guerra” y en el comercio en general.
- El “espectáculo de unos Estados Unidos política y militarmente aislados” en una región donde han sido predominantes desde hace mucho, con todo lo que esto implica para la postura de los Estados Unidos a nivel mundial y la “capacidad norteamericana para enfrentarse efectivamente, tanto a sus amigos como a sus adversarios”.¹⁰

Según esta lógica, los medios defensivos que Cuba adquiere de la Unión Soviética para hacer frente a una amenaza renovada, al cabo de veintiseis años por parte de los Estados Unidos, constituyen un desencadenador de la debacle en todo el sistema sobre el que descansa el mundo occidental.

El flamante estratega que así razona sobre la “amenaza cubana” es un ejemplo de la categoría de “latinos” que Reagan auspicia. En esta, los cubano-norteamericanos conservadores son los más abundantes. Entre estos ejemplares se encuentra el coordinador de los Asuntos Centroamericanos dentro del Departamento de Estado, Otto J. Reich; el representante norteamericano ante el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), José Manuel Casanova; una directora del Banco Norteamericano de Importaciones y Exportaciones (EXIMBANK), Rita Rodríguez; el ex-embajador alterno de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, José Sorzano; el representante de los Estados Unidos en el Consejo Económico y Social de la OEA, Alberto Martínez Pineda; el Director del Instituto Nacional de Educación, el Consejero Agregado para la Salud y los Servicios Humanos, el Secretario Asistente para los Asuntos Territoriales y Nacionales del Departamento del Interior, un Director del Programa de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe y otros más. Así, provenientes de la AID, la CIA, de las universidades élites, donde se han desarrollado en los centros de pensamiento conservador, numerosos cubano-norteamericanos de derecha han sido promovidos en los años recientes a posiciones relevantes dentro del aparato del Estado norteamericano. Estas

¹⁰ Ibid, pp. 49-50.

posiciones no atienden únicamente hacia Cuba, sino hacia América Latina, y particularmente a la llamada Cuenca del Caribe.

Es obvio que ningún otro grupo de hispanos, particularmente los más numerosos —chicanos, puertorriqueños— tienen posiciones tan encumbradas dentro del aparato de la administración norteamericana. Esto se explica en gran medida por el papel simbólico que en el esquema del Estado de Seguridad nacional norteamericana desempeña la comunidad cubana.¹¹

Pero también se debe al hecho de que los cubanos, promovidos como un grupo privilegiado dentro de los mecanismos de cooptación del sistema, están más representados en los medios de formación de la élite tecnocrática; de manera que las oportunidades de insertarse dentro de la corriente global de la derecha norteamericana son más altas que para el resto de los grupos hispanos.¹²

Los cubanos son un instrumento, pero al mismo tiempo constituyen una pieza dentro del engranaje del sistema político. Esto se advierte claramente a nivel local, por ejemplo, en la política de la Florida, en la que los congresistas, tanto demócratas como republicanos, tienen que tomar en consideración la saturación cubana del sur del Estado.¹³ Es obvio que estos políticos, según se ha señalado, toman a la comunidad cubana como “sus hispanos”. Se calcula que unos 350 000 cubanos concentrados en Florida y New Jersey cumplen con los requisitos de ciudadanía y edad para votar. Según las encuestas, en las elecciones de 1984, el 93% de aquellos que votaron lo hicieron por Reagan, produciendo una reducción del dominio tradicional demócrata en el área de Miami. Por lo demás, incluso los políticos demócratas se ven obligados a mostrar una actitud definidamente anticubana en sus posturas congresionales, aunque sigan los patrones liberales en los restantes temas de la política exterior, debido a la existencia de esta fuerte composición cubana en sus bases electorales.

Así, este fenómeno produce un determinado impacto en la política doméstica, pero también tiene un efecto directo en la formulación de la política hacia Cuba. Por ejemplo, a sólo seis meses del triunfo de la Revolución,

¹¹ Cfr. Lourdes Argüelles: *El Miami Cubano*, ponencia al Seminario sobre comunidades en Estados Unidos, noviembre, 1981, CEA. Casa de las Américas.

¹² No es casual que el Presidente del Comité Hispano dentro del Partido Republicano que trabajó para la reelección de Reagan en 1984 sea el cubano-norteamericano Tirso del Junco.

¹³ Tanto republicanos como Paula Hawkins. como demócratas liberales al estilo de Dante Fascell o Claude Pepper; o exsenadores que han cumplido misiones en Centroamérica, como Richard Stone, mantienen estrechos vínculos con la comunidad cubana en sus lugares de origen. También figuras nacionales como la ex-embajadora Kirkpatrick, el vicepresidente Bush y el propio Reagan, han mantenido —igual que sus predecesores— una “relación especial” con este sector miamense caracterizado por su activa militancia reaccionaria y anticubana.

precisamente un senador demócrata de la Florida, George Smathers, fue el primero en proponer la reducción de la cuota azucarera. Casi un cuarto de siglo después, su correligionario Lawton Chiles propuso vincular la liberación de los constructores cubanos prisioneros en Granada con el regreso a Cuba de los antisociales retenidos en cárceles norteamericanas.

En este arco de tiempo se observa una conducta idéntica, que responde a la presión de la derecha cubano-americana en el medio de la Florida y a su inserción en los temas de la política exterior de Estados Unidos.

Ahora bien, el papel de estos cubano-americanos no se reduce a suministrar cuadros, o reunir votos hispanos. Como todo segmento de la burguesía, el representado por los banqueros y empresarios cubanos de Miami tiene sus intereses particulares, que convergen con otros dentro del sistema. Este grupo auspicia empresas tales como la Fundación Nacional Cubano-Americana, activa no sólo en todo el proceso de la campaña electoral, sino en la promoción de medidas anticubanas, como la de la estación de radio subversiva contra Cuba y las distintas campañas ideológica orquestadas en los últimos años, en el ámbito de los llamados derechos humanos.¹⁴ Estos nuevos ricos, que han hecho su acumulación originaria amparados por la protección que les dio el Estado norteamericano, particularmente la CIA, y con los negocios típicos de Miami, como la droga y el comercio en general con América Latina, tienen un perfil cada vez más activo en las campañas políticas, tanto locales como nacionales, a nivel de las instituciones y organizaciones de la derecha norteamericana, incluidos los llamados think-tanks, como es por excelencia el Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown, en Washington.

Esta “élite” conservadora cubana no sólo ha logrado insertarse como una pieza dentro de la lucha política doméstica, en el proceso de elecciones más reciente, sino también se ha ubicado en una posición destacada en la implementación de la política norteamericana hacia la llamada “Cuenca del Caribe”. Así, participan en el proceso de formación de políticas financieras internacionales y de elaboración de planes económicos, que van dirigidos a la promoción de la llamada “Iniciativa para la Cuenca del Caribe”, formulando sus propias propuestas respecto a la problemática de la zona. Por ejemplo, Luis Botifol, presidente del Republic National Bank of Miami, el banco latino más grande de esa ciudad, y miembro del Consejo Fiduciario de la Fundación Nacional Cubano-Americana, aparece encabezando el Comité de

¹⁴ Cfr. Raúl García Buchaca, Lourdes Cervantes y Rafael Hernández: “La Fundación Nacional Cubano-Americana y la conexión anticubana en los Estados Unidos”. En Cuadernos de Nuestra América no. 1. ene.-jun., 1984, pp. 145-173.

Redacción de un informe conocido como el Miami Report,¹⁵ que pretende representar los intereses de la comunidad miamense, tanto cubanos como “anglos”, que presentan “su” solución caribeña.

La mitad de este informe se dedica a examinar el caso especial de “los vecinos más cercanos”, Centroamérica y el Caribe. En este contexto, vale la pena referir los tópicos de inmigración y de la “amenaza cubanosoviética” en el hemisferio.

En cuanto al primer punto, el Informe de Miami se pronuncia a favor de los derechos de los inmigrantes y de los que solicitan asilo político, reclamando una legislación que permita garantizar el status de residencia a los actuales indocumentados. En otras palabras, se propugna la legalización de los inmigrantes de Mariel. Finalmente, propone una emigración “ordenada y regulada” que permita controlar por medio de cuotas la oferta de trabajo caribeña en el mercado de la Florida según los intereses del grupo económico que representa.

La sección concerniente a enfrentar la política de Cuba se resume en tres variantes distintas de una misma política de chantaje. Primeramente, condiciona las relaciones diplomáticas al avance de la separación de los vínculos de Cuba con la URSS y “la restauración de la democracia”, En términos económicos, propone utilizar el bloqueo como una pieza de negociación dirigida especialmente a obtener “concesiones sobre cuestiones fundamentales”. En último término, se reivindican las acciones encubiertas “sólo” cuando sean “vitales para la seguridad del área”, y que existan posibilidades reales de éxito. En otras palabras, se pretende legitimar el uso de las acciones encubiertas (el palo) junto con las ofertas diplomáticas y económicas (la zanahoria), las que “beneficiarían” a Cuba en una hipotética negociación. Esta es una buena síntesis de las formulaciones de la “nueva derecha” en la política hacia Cuba.

Como se evidencia, la “élite” política conservadora en la comunidad cubana en los Estados Unidos no tiene ya el carácter predominante de la “Junta Patriótica” o de las viejas organizaciones del exilio, que sin estar extintas, tienden a declinar; sino que está representada por estos modernos latino-norteamericanos enriquecidos con el negocio de Miami, que son clientela política, fuentes de legitimación de la proyección de los Estados Unidos hacia América Latina, y en definitiva piezas en la implementación orgánica de una política dura a todos los niveles.

¹⁵ The Miami Report. Recommendations on U.S. Policy for Latin American and the Caribbean. s/f.

En qué medida esto refleja una tendencia profunda de la comunidad cubana, tomada en su totalidad, hacia posturas conservadoras es una cuestión que está por indagarse. La verdadera actitud de la gran masa de los cubanos en los Estados Unidos en relación con la política hacia Cuba no queda revelada por un proceso tan mediado como es el de las elecciones presidenciales norteamericanas, incluidas las más recientes. No resulta congruente suponer que esta comunidad cubana, que en los años 78, 79 y 80 manifestó un profundo interés en la reunificación familiar, esté ahora en bloque por una política que tienda a abrir un abismo infranqueable entre Cuba y los Estados Unidos.

Dentro de las modificaciones que marcan una evolución del cuadro político de la comunidad cubana se mantiene, sin embargo, su constante presencia en el nivel diplomático y de los mecanismos de seguridad que moviliza el sistema, tanto para Cuba directamente como para la protección de sus intereses en las áreas aledañas, donde vivimos los habitantes de eso que ellos han querido rebautizar como “su flanco sur”.

GUERRA IDEOLÓGICA (I):

EL TEMA DE LOS “DERECHOS HUMANOS”

El esquema general de la política exterior norteamericana hacia Cuba, reconocido tanto por conservadores como por liberales, identifica entre sus objetivos principales: 1) la separación de Cuba de la URSS y 2) la disolución de su influencia en el Tercer Mundo.¹⁶

Todas las objeciones a la política cubana pueden reducirse por tanto a dos: 1) “la exportación de la revolución” y 2) “constituir un satélite de la URSS”. En la práctica, según se ha apuntado, ambas han sido constantes en la fundamentación de la política norteamericana a lo largo de estos veinticinco años, desde los tiempos de Eisenhower y Kennedy, hasta hoy. Sin embargo, los medios —la amenaza militar, el bloqueo, la inexistencia de relaciones diplomáticas— no han correspondido al logro de estos fines, en la medida en que han sido ineficaces para obtenerlos.

Desde el punto de vista de los conservadores, no tiene caso negociar, puesto que han renunciado a que Cuba vaya a modificar su conducta por mejorar sus relaciones con los Estados Unidos; de manera que el problema de la política

¹⁶ Cfr. Report on Cuba. Findings of the Study Group on US-Cuban Relations. Central American & Caribbean program SAIS Papers on International Affairs, no. 2, 1984; Y John Ferch: “Intervención en la Mesa Redonda Internacional EE.UU. en los 80”, Centro de Estudios sobre América, 1983, en La política de la administración Reagan hacia Cuba (selección y prólogo de Rafael Hernández), Material de Trabajo no. 6, CEA. 1984, pp. 111-128.

hacia Cuba se les plantea más bien en términos de qué tipo de medidas concretas pueden tomar para disuadir las “tendencias básicas” de la política exterior cubana.¹⁷ Según los liberales, de lo que se trata es de producir un comprometimiento gradual “por el cual paso a paso fueran extrayendo concesiones negociadas de Cuba”. de manera que se cumplieran sus objetivos últimos.

La vulnerabilidad de los liberales aparece definida, en el entorno de la confrontación doméstica, como debilidad en el trato hacia Cuba, y, en consecuencia, en el manejo de los intereses norteamericanos en el exterior. En efecto, la derecha puede manipular el diálogo con Cuba como una debilidad de los liberales; pero, en definitiva, tanto liberales como conservadores han mostrado una prolongada incapacidad para enfrentar el problema cubano de una manera eficaz.

Por su parte, el sector vociferante de la comunidad cubana da pábulo a la derecha, adueñada de poderosos medios de difusión, para atacar a estos liberales de la “negociación gradual”. Estas acciones de propaganda, que constituyen verdaderas maniobras de guerra ideológica de los grupos de la contrarrevolución anticubana, se articulan con una cadena compuesta por instituciones como el *Committee on the Present Danger*, el *Conservative Caucus*, el Comité para el Mundo Libre y el *American Jewish Committee*, todos los cuales han estado promoviendo a través de sus órganos de difusión —*National Review*, *Commentary*, *Policy Review*, *Washington Quarterly*, los periódicos de la cadena *Copley* y otros órganos—, una guerra de ideas contra Cuba.¹⁸

El tema favorecido de esta campaña son los “derechos humanos”. Si se analiza la propaganda dirigida contra Cuba por la Voz de los Estados Unidos entre 1983-1984. se puede advertir que, mientras las tres cuartas partes de los contenidos de la información en 1983 enfatizan en la posición de Cuba como “satélite de la URSS” y en la “exportación de la Revolución”, así como en el “terrorismo” y el “narcotráfico”, en 1984 la mayor parte de los contenidos están directamente dirigidos a denunciar las supuestas violaciones de los derechos humanos, así como los problemas económicos de Cuba, marcando con esto cierto cambio del patrón de los años anteriores, durante esta propia

¹⁷ Cfr. Rafael Hernández: “La política de Estados Unidos hacia Cuba: límites para un cambio”. Seminario “Elecciones en EE.UU. y políticas hacia América Latina”, agosto 30. septiembre 2. 1984. CEA. mimeo.

¹⁸ Cfr. los trabajos de Fred Landis acerca de “La guerra de propaganda contra Cuba en el periodo 1980-82.

administración. En otras palabras, sin dejar de subrayar el supuesto injerencismo cubano como “agente” de la URSS, se ha reforzado la propaganda dirigida expresamente a criticar las políticas internas cubanas. Esto no es una mera coincidencia, sino que responde a una política formulada por el Consejo Nacional de Seguridad desde abril de 1982, en un documento titulado “La política de Estados Unidos en Centroamérica y Cuba”.¹⁹ En el punto (j) de las recomendaciones de este documento se dice textualmente: “Promover presión pública contra Cuba mediante el manejo de temas humanitarios y de derechos políticos. Se puede emplear a la comunidad cubana para trasladar este mensaje”.

Como realizaciones oficiales de esta política se encuentran de manera sobresaliente los siguientes documentos: 1) el séptimo informe de la OEA sobre la situación de los derechos en Cuba, publicado en octubre de 1983; 2) el Informe del Departamento de Estado sobre prácticas de los derechos humanos en Cuba sometido al Comité de Relaciones Exteriores del Senado y de la Cámara, del Congreso de los Estados Unidos, en febrero de 1984; 3) el Informe de la XL Asamblea anual de la Sociedad Interamericana de Prensa, celebrado a fines de octubre en los Estados Unidos.²⁰ En estos textos se compara la situación reinante en Cuba con la de Haití, y se afirman cosas tales como que las personas que solicitan salir de Cuba pierden su casa, su tarjeta de abastecimiento y se impide que los niños vayan a la escuela, mientras esperan porque se conceda la visa.²¹

El Departamento de Estado²² ha reconocido que la liberación de presos contrarrevolucionarios en Cuba está en marcada dentro de las conversaciones migratorias que, a lo largo de los años de Carter, se venían desarrollando con los Estados Unidos, sobre su disposición para recibir a estos presos, de acuerdo con una cantidad mensual, y asignarles visa de entrada, asumiendo el

¹⁹ Cfr. La política de EE.UU. en Centroamérica y Cuba, a través de un documento sumario para el año fiscal 1984, aprobado en una reunión del grupo de planificación del CNS, en abril de 1982, publicado por Gregorio Selser en un servicio especial de Prensa Latina.

²⁰ Las fuentes para elaborar estos informes sobre “situación interna” de Cuba resultan peculiares. De los siete redactores del informe de la OEA, tres son norteamericanos y cuatro son cubanos exiliados en EE.UU. El informe del Departamento de Estado fue redactado, obviamente, por los funcionarios que atienden a Cuba dentro de esa dependencia. El informe a la SIP fue elaborado por un periodista de un periódico “cubano” de Miami.

²¹ Cfr. Department of State, USA, Country Report on Human Rights Practices. Cuba, February. 1984. p. 10.

²² Kenneth N. Skoug: Cuba como modero y como desafío. Un vecino paradójico, 25 de julio de 1984.

grado de responsabilidad que tenían sobre ellos. Incluso instituciones especializadas en cuestiones de derechos humanos, como es American Watch, han declarado que la situación de los presos contrarrevolucionarios en Cuba se debe en gran parte a la administración del presidente Reagan, que se ha negado a dar curso a sus solicitudes de migrar a los Estados Unidos.

La medida en que esto se ha traducido en una cuestión de política interna en los Estados Unidos se expresa en la agenda de la visita de Jesse Jackson a La Habana, en el marco de su campaña electoral, en junio de 1984. Cuatro de los diez puntos considerados por Jackson en las conversaciones con el presidente Fidel Castro estaban directamente relacionados con los presos, la reunificación y la migración. Estos problemas se correlacionan en una especie de cadena: presos contrarrevolucionarios en Cuba / expresos contrarrevolucionarios en Cuba / concesión de visas por los Estados Unidos / acuerdos migratorios entre los Estados Unidos y Cuba / presos del Mariel en Estados Unidos. Según se ve, al final de la cadena está el problema de los llamados “excluíbles” del Mariel.²³

GUERRA IDEOLÓGICA (II):

EL MARIEL Y LA ILEGALIDAD MIGRATORIA

Si bien es cierto que el hecho de poseer antecedentes criminales, de la misma manera que ser homosexual, son factores que pueden descalificar legalmente para excluir a alguien, según la legislación migratoria norteamericana, el hecho es que a lo largo de estos veinticinco años los Estados Unidos no han ejercido tales criterios en relación con la inmigración cubana, como ha sido ampliamente demostrado. Desde enero de 1959, el gobierno revolucionario solicitó a los Estados Unidos la extradición de los criminales de guerra que se habían refugiado en ese país. No sólo se negó esta extradición, sino que el gobierno de los Estados Unidos contribuyó a que el enclave de Miami prosperara y se convirtiera en un ejército terrorista bien entrenado, que, sin poder llegar a cumplir sus objetivos respecto a Cuba, acabó desencadenando

²³ Michael H. Armacost, subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, y Michael G. Kozak, asesor legal de este Departamento y jefe de la delegación norteamericana en las negociaciones sobre migración con Cuba, en testimonio ante un tribunal de Atlanta, Georgia, en torno a impugnaciones contra los acuerdos migratorios, declararon su convicción de que Cuba respetaría los acuerdos en cuanto a no tomar represalias contra los “excluíbles” que regresaran, y a que “se les otorgaría el mismo trato que a cualquier ciudadano cubano”. Esta confianza repentina en la capacidad de Cuba para respetar los derechos de los “excluíbles” corrobora, por contraste, el fariseísmo de las acusaciones que pretenden pintarla como violadora de la ley y los derechos humanos. Cfr. declaraciones de M. Armacost y M. Kozak ante la Corte del Distrito Norte de “Georgia, División Atlanta, 21 y 22 de diciembre de 1984, ejecutadas en Washington D.C.

guerras intestinas que hicieron de Miami un campo de batalla en la década de los 70. Así, hay que partir de considerar que la criminalidad se propició como caldo de cultivo contrarrevolucionario en las bases de asentamiento de los emigrados —Miami y Union City— como parte de una política norteamericana contra Cuba.

Como se ha señalado, el principio de elegibilidad ha sido sistemáticamente violado por Estados Unidos, en la medida en que la condición de refugiado, para las personas que salen de Cuba, subsume absolutamente todas las categorías previstas por la legislación inmigratoria norteamericana. El supuesto de “escapar del comunismo” ha sido durante veintiséis años una razón superlativa que coloca todo el resto de la legislación entre paréntesis, particularmente la que atañe a las condiciones de calificación. Esta anomalía legal se corrobora una vez más al contrastar el caso de los haitianos con el de los cubanos. El largo debate a que esto ha dado lugar desde 1980 sigue pendiente, aun cuando ya se ha otorgado oportunidades de residencia permanente a los del Mariel. Así, el proceso del Mariel fue el marco propicio para aprovechar una vez más, por encima del requisito de elegibilidad, la oportunidad para un ejercicio de “propaganda democrática”.

Conceptualmente, la contradicción en que se vio envuelta la política norteamericana se basa en que no tiene caso plantear la inelegibilidad de un refugiado. La gente del Mariel, al no pasar por el proceso normal de la reglamentación inmigratoria y recibir prácticamente el trato que se dispensa a los refugiados, no eran susceptibles de ser calificados de inelegibles. De esta manera, los presos cubanos en Atlanta han resultado de hecho presos políticos, ya que se han mantenido como tales por una decisión política, sin término de reclusión definido, al no haber cometido delito en los Estados Unidos, ni violado más ley que la que violaron los restantes 125 000 del Mariel, ilegales hoy legalizados.

Pero examinemos la cuestión de la criminalidad latente en el grupo del Mariel. Según nuestro estudio sobre el conjunto de migrantes, la proporción de personas con antecedentes penales dentro del grupo total ascendía al 43,14%.²⁴ Resulta interesante examinar la estructura de estos antecedentes penales, correspondientes a un grupo humano que se identificó popularmente como “escoria”. Del gran total de los que tenían antecedentes, aproximadamente la tercera parte (32%) correspondía a conductas antisociales

²⁴ Se basó en una muestra de 5 292 casos elegidos al azar de un total de 132 000. Cfr. Redi Gomis y Rafael Hernández: *El Mariel: rasgos socioeconómicos diferenciales*, CEA. mimeo, marzo. 1985.

o delitos que tienen una connotación peculiar, tales como peligrosidad (8,2%),²⁵ vagancia (5%), droga (5%), tráfico de divisas (0,4%), juego (3,6%), prostitución (2,3%), venta ilícita (1,5%) y otros por el estilo.

Entre todos los que tenían antecedentes penales, sólo el 7% —o lo que es lo mismo, el 3% del grupo total— eran expresos contrarrevolucionarios.

Otros delitos comunes, como robo, hurto, corrupción de menores, falsificación de documentos, abusos lascivos, etc., configuraban el 60% de esta población con antecedentes penales, una ínfima parte de la cual guardaba prisión.

O sea, que el 40% de los “marielitos” con antecedentes penales habían cometido delitos en Cuba que no lo serían tanto en los Estados Unidos —dado que las leyes norteamericanas no sancionan o sancionan muy levemente la mayor parte de estas faltas, que en Cuba, con una configuración social y una legislación penal distinta, resultan delitos o índices de peligrosidad de consideración. Estos datos desnudos, junto con la alta cifra de no vinculados laboral mente, el 22,6%, en un país donde se vigila por la ley la vagancia como índice de peligrosidad, dan la medida del grado de alienación social de esta población, que sin estar de hecho en prisión, había cometido alguno de estos delitos o incurrido en estado predelictivo. Estas cifras expresan de manera categórica el fundamento de la calificación de antisocial con que en Cuba se distinguió a este grupo.

La imagen inicial de estos antisociales a la larga irritó no sólo a los “anglos”, sino a la propia comunidad cubana, que los distinguió con el apelativo diferenciador de “marielitos”.²⁶ Pero la necesidad de limpiar su imagen y de integrarlos a la comunidad cubana determinó que, sobre todo en los últimos dos años, se hiciera un esfuerzo por reivindicar los valores “humanos” —culturales, sociales— del grupo del Mariel, tratando de dignificar a esta masa inicialmente rechazada como escoria. En esta lógica resulta comprensible que los dos mil presos “excluíbles” del abrigo norteamericano al Mariel hayan sido el chivo expiatorio con que el gobierno

²⁵ Según el Código Penal vigente desde el 15 de febrero de 1979 (ley 21, título XI. cap. 1, arts. 76, 77), “se considera estado peligroso la especial proclividad en que se halla una persona para cometer delitos, demostrada por la conducta que observa”. Esto se aprecia a través de índices como los siguientes: a) embriaguez habitual; b) narcomanía; c) proxenetismo; ch) prostitución; d) vicios socialmente reprobables; e) vagancia habitual; f) conducta antisocial. Algunos de estos indicadores, como prostitución y vagancia habitual, han sido considerados anteriormente como delitos en si mismos.

²⁶ Cfr. Redi Gomis: “La inmigración cubana de 1980 en los E.U.: revisión crítica de una bibliografía norteamericana sobre el Mariel”. En Cuadernos de Nuestra América no. I ene-jun. 1984, pp. 228.248.

norteamericano pretende lavar la imagen negativa de este grupo ante la opinión pública de Estados Unidos.

Pero la cuestión de la ilegalidad no se ciñe al caso del Mariel. Dos epifenómenos de la criminalidad de que ha estado cargada históricamente la comunidad cubana —por la contrarrevolución activa de parte de sus elementos, así como la función que le ha sido asignada en el dispositivo de propaganda contra Cuba— son el terrorismo y esa forma de la ilegalidad migratoria que son los secuestros de naves.

Hoy ha sido largamente probado que desde 1959 la CIA empezó a planear la eliminación física de los dirigentes cubanos, en particular del Comandante Fidel Castro. Desde ese propio año se desató una verdadera guerra aérea contra la Habana y los centrales azucareros, contando con una base logística en los Estados Unidos, y aun con la participación de mercenarios norteamericanos. Entre el atentado contra dos aviones cubanos en el aeropuerto de Miami, en agosto de 1959, y el realizado en 1976 contra uno en pleno vuelo en Barbados, se han producido numerosos asaltos contra aerolíneas, misiones diplomáticas, oficinas y funcionarios cubanos en el exterior. Poblaciones costeras, barcos pesqueros, e incluso la propia Ciudad de la Habana han sufrido ataques desde lanchas artilladas suministradas por la CIA, como parte de su guerra “oculta” contra Cuba.

El reciente proceso contra “Omega 7”, extensamente publicitado en los Estados Unidos, resulta una purga de la actual administración en su “cruzada contra el terrorismo”. De hecho, en más de una oportunidad han emergido las conexiones de los terroristas de “Omega” con la CIA, que ahora parecería abandonarlos a su suerte. Al final, también ellos son un chivo expiatorio del sistema. Pero el verdadero objetivo de esta “cruzada contra el terrorismo” es identificar a todos los movimientos populares, en lucha contra la dominación y el terrorismo de Estado en sus países, como terroristas. Cuba es aquí el blanco preferido, en el cual se sataniza a la Revolución como parte del “imperio del mal”. Estigmatizar a Cuba y a los movimientos populares y revolucionarios con el terrorismo o el narcotráfico es una manera de identificarlos con la delincuencia y otras expresiones de violencia que afectan a los propios ciudadanos norteamericanos y en general a la opinión pública de los países occidentales. Si un país latinoamericano con los medios de Cuba tuviera efectivamente como política la promoción del terrorismo o del narcotráfico, los Estados Unidos tendrían pruebas irrefutables, no sólo “testimonios” de traficantes y agentes. La real política de Cuba se ha patentizado en la persecución de la delincuencia en su jurisdicción marítima o aérea, lo que se refleja en la cantidad de norteamericanos que caen presos por estas causas y

que son liberados posteriormente, como expresión de buena voluntad, ante la solicitud oficial de las autoridades norteamericanas.

A menudo se pasa por alto que la cuarta parte de los cerca de ciento cincuenta aviones secuestrados entre Cuba y los Estados Unidos fueron la vía con que elementos contrarrevolucionarios llegaron a ese país, iniciando esa nociva práctica, entre 1959 y 1964. Tal estilo se volvería con el tiempo en contra de sus propios patrocinadores. Cuba firmó con los Estados Unidos un tratado contra la piratería aérea, en 1973, denunciado en 1976 a raíz del atentado de Barbados. No obstante, la política de Cuba ha seguido siendo desalentar estas actividades. El propio Departamento de Estado difundió (junio de 1983) una declaración del gobierno de Cuba donde se advertía que los secuestros en Cuba eran castigados incluso con penas de hasta veinte años de prisión. Estas acciones de Cuba por desalentar la piratería no han sido correspondidas por el gobierno de los Estados Unidos. En efecto, aunque algunas personas que han secuestrado embarcaciones para salir ilegalmente de Cuba con destino a los Estados Unidos están pendientes de una decisión judicial, los elementos más conservadores del gobierno de Estados Unidos y el aparato de propaganda han seguido propugnando que se les trate como refugiados.

Al restringirse las vías de entrada en el actual periodo, igual que en ocasiones anteriores, han aumentado las salidas ilegales. El director del Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) en Miami, Perry Rivkind, recientemente caracterizaba así la situación migratoria de un entrante ilegal:

“no se le enviará de vuelta a Cuba; no creo que la política del gobierno sea la de mandar de regreso a los cubanos hacia la Cuba de Fidel Castro”.²⁷ Tal declaración no puede ser otra cosa que un estímulo a la migración ilegal. Ahora bien, en sentido inverso, también el crecimiento de los secuestros de aviones hacia Cuba en 1980-81, y posteriormente, ha estado condicionado en alguna medida por el propio fenómeno del Mariel. La munificencia demagógica con que el gobierno norteamericano acogió a los primeros “refugiados” de la “Flotilla de la Libertad” retroalimentó no sólo a la comunidad cubana en Miami, sino que ofreció a algunos ansiosos de cierto consumo en Cuba una opción inesperada, en lo que parecía ser una aventura de bajo costo al “país de las maletas cargadas” de la comunidad.

Un indicador del grado de irreflexión que esta decisión significó para la mayoría es que sólo el 22,4% de los que se fueron por el Mariel había solicitado previamente su salida del país. Algunas personas que, en la marejada de los acontecimientos desencadenados por las acciones de la

²⁷ UPI: 19 de septiembre de 1984.

comunidad cubana, con la anuencia del gobierno de los Estados Unidos, tomaron irreflexivamente la decisión de partir, se sintieron después frustradas hasta el punto desesperado de secuestrar un avión o un barco, aun a sabiendas de que esta práctica ilegal en Cuba implicaría una sanción severa. Estos arrepentidos del Mariel son también víctimas de la política norteamericana hacia Cuba, variable de la cual ha dependido históricamente el fenómeno de la migración ilegal entre ambos países.

GUERRA IDEOLÓGICA (III):

EMISORAS, “DISIDENTES” Y OTRAS ESPECIES

Como parte de la guerra ideológica, se han aplicado algunas variantes de invenciones antisocialistas contra nuestro país.

Una es la radio subversiva contra Cuba. que rebasa por su especialización, inversiones y contenido al dispositivo global de la “Voz de las Américas”, y que está calcada evidentemente sobre la experiencia de “Radio Europa Libre”. Posiblemente ninguna empresa anticubana como la radio subversiva contra Cuba haya articulado de manera tan evidente la acción de la derecha congresional, el grupo financiero de Miami, los think tanks conservadores, la burocracia de la actual administración y el lobby contrarrevolucionario cubano-americano, tanto en su promoción en el ámbito de las decisiones políticas como en la propia gestión de la actividad de la emisora, donde este lobby desempeña un papel preponderante.²⁸

Las emisoras contra Cuba tienen también su propia historia, íntimamente asociada a las agresiones de todo tipo, particularmente el militar, como fue el egregio caso de “Radio Swan”, en vísperas del ataque de Playa Girón. El papel protagónico que tiene hoy la derecha de la comunidad cubana en la implementación de este instrumento agresivo plantea el problema de hasta dónde puede ser funcional para los Estados Unidos.

De hecho, muchos elementos lúcidos dentro de la élite política consideran que la existencia de una radio contra Cuba, controlada por una facción tan militantemente conservadora y sobre todo tan fanáticamente anticubana como esta, pone en entredicho su pretendida objetividad y eficacia.

La puesta en marcha de esta emisora el 20 de mayo pasado puso en crisis los pasos constructivos que se habían dado para disminuir las tensiones, y en particular afectó la ejecución del acuerdo migratorio del 14 de diciembre de 1984, así como las bases de comunicación entre la masa de la comunidad

²⁸ José R. Cabañas: “Radio Martí: una nueva agresión”. En Cuadernos de nuestra América. no. 1, ene.-jun.. 1984, pp. 174-204.

cubana y nuestro país, que abrieron paso al diálogo y la reunificación familiar desde 1978.

Esta radio sirve así a la capitalización política del lobby contrarrevolucionario cubano-americano, apadrinado por los poderosos grupos de la derecha, muy influyentes en la actual administración. Con la radio subversiva contra Cuba, este lobby pretende legitimarse como representante de los intereses de la comunidad cubana, usurpando la representación del Comité de los 75 que participó en el diálogo de 1978. Este fenómeno revela como ningún otro que la suerte de la comunidad cubana no puede desligarse de la política que siguen los Estados Unidos hacia Cuba, aunque el “libre juego democrático” imperante en ese país no siempre dé cabida a sus intereses propios.

Otra variante de un modelo antisocialista es el recientemente inflado asunto de los “disidentes”, a todas luces copiado de experiencias anteriores contra la URSS y otros países. En los últimos años,²⁹ resulta evidente el esfuerzo por convertir a expresos contrarrevolucionarios asociados a la dictadura batistiana, gentes que discreparon de la Revolución y simplemente se fueron, o escritores que se quedaron en el exterior durante algún viaje como representantes oficiales de Cuba, en disidentes. Hoy estos resultan ser intelectuales perseguidos, categoría mucho más comercial que la de terrorista, esbirro batistiano o simple revolucionario arrepentido. Ahora todos se incluyen en una categoría que los presenta como personas que durante años ejercieron la discrepancia y la crítica en el terreno de las ideas, oponiéndose al régimen imperante en Cuba, por lo cual fueron perseguidos u obligados a salir del país. la verdad es que, a diferencia de los genuinos disidentes, opuestos a los regímenes opresivos a lo largo de la historia; estos “disidentes cubanos” no pasan los trabajos de los emigrados revolucionarios, ni sufren la persecución y el asedio de la policía política en los países donde se han refugiado, ni tienen grandes dificultades que vencer para conseguir fondos, ni nada por el estilo. En cambio, estos elementos que en muchos casos carecen de todo talento intelectual, se presentan como vedettes de la cultura del “mundo libre”, y viven muy bien de su profesión de disidentes, lanzando diatribas “antitotalitarias” y viajando por el mundo en una especie de tournée abundantemente financiada. Su apogeo, de 1980 para acá, coincide significativamente con la intensificación de la campaña de “derechos humanos” contra Cuba. No es casual que el propio Presidente de los Estados Unidos se tome el trabajo de mencionarlos en algunos de sus discursos, ni que

²⁹ Cfr. Marifeli Pérez. Stable: “El CILC y la generación del Mariel”, Seminario sobre las comunidades en EE.UU., CEA. Casa de las Américas. 1981.

la derecha congresional los apadrine abiertamente, como ocurrió hace dos años en ocasión de la reunión del llamado Comité de Intelectuales por una Cuba libre (CILC). En resumen, son, al mismo tiempo, un arma de propaganda contra Cuba, y un medio de remozamiento de la imagen pública de la comunidad.

Aunque no es el objetivo de este trabajo considerar los contenidos específicos con los que la llamada disidencia contribuye a la guerra ideológica contra Cuba, vale la pena mencionar uno que ha recibido atención últimamente de manera enfática: el de la supuesta persecución de homosexuales en nuestro país. Según este argumento, la represión contra los homosexuales es una de las manifestaciones en que el “Estado totalitario” viola los derechos humanos. Así, sin un examen medianamente serio acerca de la sociedad cubana, ni de la actitud de los homosexuales ante la Revolución, se avanza la tesis de que la presencia de homosexuales en el grupo del Mariel es la medida concreta de que sufren persecución.

Si esto fuera así, se pudiera esperar que una notable proporción del grupo del Mariel estuviera compuesta por homosexuales, presumiendo que esta es la motivación fundamental por la que se fueron. Según los datos disponibles, apenas el 3,6% del total del grupo del Mariel se identificó como homosexual, cifra probablemente superior a la real, puesto que hubo declaraciones inusitadas de homosexualismo. Ahora bien, esta cifra incluye a un por ciento de homosexuales que tenían antecedentes penales —como tráfico de drogas, venta ilícita, vagancia—, que constituían el 1,8% del total con antecedentes penales. Es decir, que menos del 2,8% del grupo del Mariel fueron homosexuales sin antecedentes penales, a los que se les podría atribuir hipotéticamente la motivación del “homosexual perseguido” como razón suficiente para migrar. Está de más decir que el Código Penal cubano vigente no identifica al homosexualismo en sí como delito o estado peligroso, aunque sí a las manifestaciones antisociales mencionadas anteriormente, como por ejemplo, el escándalo público, con las que se asociaba el 21 % de los homosexuales que se fueron y que son la genuina expresión del conflicto de estos individuos con la sociedad cubana. Aun asumiendo que todos los homosexuales sin antecedentes penales que se fueron lo hicieron principalmente por esta razón —y no por consumismo o irreflexión—, este bajo por ciento no refleja nada parecido a una represión antihomosexual como evidencia arrojada por el flujo del Mariel. Mucho menos explica la “conducta extraña” de los que, siendo “perseguidos y reprimidos” en Cuba, y pudiendo optar por el Mariel, no se fueron.

CONSIDERACIONES FINALES: ALTERNATIVAS RACIONALES, SIN ILUSIONES

La política norteamericana contra Cuba no se ha reducido a medidas “bilaterales”, Los Estados Unidos han ejercido su poder de gran potencia, haciendo recurso a los más variados mecanismos de su sistema a nivel global, a saber:

1. no sólo suprimió las relaciones comerciales y financieras con Cuba, sino que estableció una estrategia de bloqueo a nivel mundial, de obligatorio cumplimiento para sus empresas, y también efectiva para las corporaciones occidentales vinculadas a sus mercados;
2. no sólo rompió relaciones diplomáticas, sino que ha promovido el aislamiento regional e internacional influyendo sobre sus “asociados” en otros países;
3. no sólo ha amenazado —e incluso atacado militarmente a Cuba—, sino que ha conducido una “guerra-por-los-caminos-del-mundo” contrarrevolucionaria, haciendo uso del terrorismo y la subversión contra los intereses cubanos en otros países; por lo demás, acciones militares como la invasión a Granada y la escalada militar en Centroamérica, tienen también como objetivo suplementario “castigar” a Cuba;
- 4, no sólo ha librado una intensa confrontación ideológica contra la Revolución, sino que mantiene un sistema múltiple de asedio a Cuba,. a través de medios de divulgación, órganos, instituciones dentro y fuera de los Estados Unidos, que poseen una fuerte influencia en los mecanismos de formación de la opinión pública internacional.

En otras palabras, los Estados Unidos han internacionalizado el antagonismo con Cuba, asumiéndolo —desde antes de que el primer fusil soviético llegara a La Habana— como una tarea en la contención del comunismo. En consecuencia, han obligado a Cuba a presentar respuestas internacionalmente significativas.

El flujo migratorio de Cuba hacia los Estados Unidos ha sido, desde el principio de la Revolución, un fenómeno conexo con el esquema de presiones norteamericanas. El cerco económico, diplomático, propagandístico y militar contra Cuba ha procurado, durante 25 años, que surjan dificultades internas en el país, acelerando el éxodo de la burguesía y sus sectores asociados así como de personas del pueblo, atraídas todas por el señuelo de la “puerta dorada”.

Los enclaves cubanos en los Estados Unidos han sido arsenales de contrarrevolución, viveros de una nueva mafia financiera, vitrinas de propaganda, pero también mercados laborales de la gran masa de los cubanos inmigrantes.

La vieja contrarrevolución dejó de ser funcional a las necesidades de la política norteamericana en los 70. El síndrome de Saturno los ha ido liquidando, siguiendo los mismos intereses que los crearon antes. Pretender que los contrarrevolucionarios, la subversión y el terrorismo son fenómenos autónomos, surgidos de una “situación interna” y que no están directamente ligados con la guerra no declarada que los Estados Unidos libran contra Cuba, es algo menos que un ejercicio de abstracción.

Tampoco la beligerancia de los cubanos en los Estados Unidos se puede evaluar pasando por alto que han sido los “refugiados preferidos” de por lo menos seis administraciones. La promesa retórica de Kennedy a los mercenarios de Playa Girón en 1962 ha sido renovada por Reagan 20 años después. Nunca un grupo de “refugiados” ha sido tan sostenidamente halagado, ni se les ha mantenido tanto la promesa de “regresar”. Veinticinco años después de la Revolución Rusa, en 1942, Franklin D. Roosevelt no hacía asambleas antisoviéticas con los exiliados rusos; veinticinco años después de la Revolución China, Nixon estaba ufano de negociar con Mao.

Pero lo más irreal de este “renovado compromiso” desde el ángulo de la comunidad, es precisamente que esta no se compone en su mayoría de activistas políticos contrarrevolucionarios ansiosos por regresar a instalarse en Cuba. La mayoría de los cubanos son, como lo muestra su configuración socioeconómica, individuos que —aun a costa de perder status social— han buscado integrarse económicamente a una sociedad con más elevados estándares de consumo, aprovechando la oportunidad brindada por las excepcionales condiciones migratorias establecidas por los Estados Unidos. En ese sentido, son tan refugiados políticos como cualquier latinoamericano que prefiera ser trabajador en Los Angeles a serlo en San José. Así, los cubanos se encuentran sometidos a la misma tendencia que opera para integrar socioeconómica y culturalmente a otros inmigrantes latinos. De ahí que su perfil en el sistema político tienda a crecer, con lo que esto implica para la confrontación política interna.

Si los cubanos van a ser controlados por los liberales o por los conservadores - quienes han ganado puntos, aprovechando la “era de Reagan” es algo difícilmente predecible.

En cualquier caso, la experiencia histórica parece indicar que la comunidad es sólo una fuente secundaria de consenso respecto a la política seguida con Cuba; sobre ella se imponen los intereses de los grupos que ven en el Caribe y

Centroamérica el principal foco de desestabilización de la hegemonía de los Estados Unidos en el hemisferio. El juego oportunista de la oligarquía cubano-americana de Miami escasamente tiene que ver con su supuesta vocación de regresar a Cuba. El aumento de sus apuestas, en correspondencia con la mayor cotización. de sus acciones políticas. se dirige al mercado de valores en alza que la intervención norteamericana en el Caribe y Centroamérica ha procreado. En esta bolsa, apostar en contra de Cuba ha sido ir al seguro. Mientras esto no cambie, la gran mayoría de la comunidad seguirá siendo —como hasta ahora rehén del sistema en la política hacia la Revolución Cubana.

Resulta difícil imaginar la estabilidad de ningún acuerdo en medio del mantenimiento del bloqueo. de la amenaza de agresión y del apoyo de una campaña ideológica anticubana. Veintiséis años de hostilidad son una pesada herencia, aun difícil de modificar para aquellos elementos que favorecen el deshielo de las relaciones. Por lo tanto, dependerá de los grupos de poder más racionales y capaces de promover una política constructiva y estable. que se llegue a consolidar un sistema de relaciones con Cuba como parte esencial de un esquema de paz en el Caribe y Centroamérica.